

SERMON PARA EL DIA DOCE.

El amor de Dios es el primero, y el mas glorioso de todos nuestros deberes.

Post te curremus in odorem unguentorum tuorum.

En pos de tí correremos al olor de tus unguentos.

CANT. I.—5.

Un día, A. H. M., se hallaba Jesus nuestro divino Maestro rodeado de los fariseos, de aquellos hombres hipócritas que, odiándole y no practicando su doctrina, buscaban ocasion de perderle, aparentando querer aprender sus divinas enseñanzas. Uno de ellos le dirigió esta capciosa pregunta que envolvía la mas refinada malicia: «Maestro, ¿cuál es el grande mandamiento en la ley? Jesus le dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento.» Ese fariseo, que el Evangelio nos dice era doctor de la ley, bien pudiera saber que en el Deuteronomio se leían esas mismas palabras que Moisés mandaba en nombre de Dios á Israel «las tuviese en su corazon, y las contara á sus hijos, y las meditase sentado en su casa, y andando por el camino, al irse á dormir y al levantarse;» y si esperaba oír otras de los lábios divinos de Jesus para sorprenderle, grandemente se engañó, pues nuestro Salvador «no vino á derogar la ley, sino á cumplirla;» así es que le dió una nueva sancion, añadiendo esta declaracion solemne:

«Este es el mayor y el primer mandamiento de la ley.»

La Santísima Virgen María, Madre amantísima de Jesus, identificada siempre con la voluntad de su divino Hijo, aprendió desde su infancia este sublime y venerando precepto de la ley, y lo aprendió para practicarlo en toda ocasion y en todo lugar, como el deber preferente de todos sus deberes, como el principio y fin de todos los actos de su admirable vida, como la causa motiva de su relevante mérito, y como base y complemento de todas sus perfecciones y prerogativas. ¡Ah! ¿quién no ha oído á María exclamar frecuentemente en los éxtasis de amor divino que dulcemente la agitan durante su vida con estas palabras tiernísimas de la Esposa de los Cantares: «Yo desfallezco de amor; he buscado al que ama mi alma, le tengo asido y no le dejaré. Yo soy toda para mi Amado, y mi Amado es todo para mí;» mi Amado es para mi todo lo que yo puede desear, esposo, padre, salvador, amigo, maestro, protector y todo mi bien. Las manifestaciones de ese amor purísimo y acendrado que la Virgen María profesaba á Dios, se dejaban ver en aquellos afectos del corazon que la llevaban á la oracion mas atenta y fervorosa, que la hacian brotar de sus hermosos ojos las lágrimas que su piedad la hacia derramar, que la imponian el deber de seguir á Jesus en todos los peligros hasta no abandonarle ni aun en los horrores de su muerte en el Calvario, porque le amaba con todo su corazon; se dejaban ver en las producciones de su inteligencia, sometiendo su razon á la fe que le hacia creer y adorar los mas profundos misterios que se la proponian, porque amaba á Dios con todo su entendimiento; se dejaban ver en aquella perfectísima sumision de la parte inferior de su ser á la parte superior del mismo, no permitiendo la menor libertad á sus sentidos que pudieran amenguar el fuego del amor divino que abrasaba su corazon, porque amaba á Dios con toda su alma, hasta confesar que era «la esclava del Señor» cuando

el Señor la había elegido para su Madre, «y le estaba sometido durante su vida,» como leemos en el Evangelio.

En vista de todo esto, A. H., nosotros que estamos obligados al sagrado precepto de nuestro Dios, «amándole con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, y con todo nuestro entendimiento,» ¡qué bello modelo de este amor santísimo encontramos en María, Madre del amor hermoso! Si, según la expresión de S. Gerónimo, hasta los más elevados serafines hubieran podido bajar del cielo para aprender á amar á Dios en el corazón de María; nosotros, miserables pecadores, que no «amamos sino la vanidad, y buscamos la mentira» en tantas ilusiones como nos hemos creado en este mundo de aparentes bienes, ¡cuánto debemos aprender del amor que nuestra buena y santísima Madre tuvo á nuestro Dios! *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Condensando en uno estos importantes pensamientos, vamos á meditar por algunos momentos sobre esta verdad, de cuya explicación y aceptación ha de resultar grande gloria á Dios y á María nuestra bendita Madre, á la vez que adelantos utilísimos á nosotros en la vida de la virtud: El amor de Dios es el primero y el más glorioso de nuestros deberes.

Nuestro Dios, A. M., es quien nos ha impuesto este deber sagrado; estudiémoslo con religiosa docilidad, y comprendamos alguna vez que de su observancia depende nuestra eterna felicidad. Recurramos como siempre á María Madre del amor hermoso, para que nos alcance un destello de la luz de Dios y de la santa caridad que tan notablemente inflamó siempre su candoroso corazón, y saludémosla con el

AVE MARIA.

I.

«Dios crió al hombre de la tierra, y lo hizo según su imagen, leemos en el Eclesiástico; crió de él mismo una ayuda semejante á él; crió en ellos la ciencia del espíritu, hinchó sus corazones de buen sentido y les mostró los bienes y los males.» Ved, pues, A. H. M., al hombre enriquecido con los dones sublimes de entendimiento para que pudiese pensar, y con los de corazón recto para que obrase el bien, ora para gloria de su Criador, ora para su propia santificación. El Señor le ha otorgado el conocimiento perfecto de todos sus deberes. Sin embargo, pronto ha olvidado estos, y ha sido preciso que se los recuerde de una manera positiva y sensible fijándolos en tablas de piedra, que le ha entregado con grande solemnidad en la montaña del Sinaí. El primero de estos deberes está consignado en un mandamiento que es el primero y el mayor de todos: es el amor de Dios sobre todas las cosas; y es el primero de todos nuestros deberes por razón de su dignidad, de su fin y de su fecundidad. Detengámonos algunos momentos en su exámen.

¡Triste condición es la del hombre caído por la culpa de origen! ¡qué funestos y trascendentales estragos ha causado esta culpa en su alma tan pura, tan generosa y buena como Dios la había criado! Olvidado de un deber que su naturaleza le impuso, el deber sacrosanto é inviolable de amar á su Criador, á su Bienhechor, á su Dios, ha sido preciso, ¡dolor cuesta decirlo! que se le imponga de nuevo este deber por un mandamiento espreso; que se le mande por un precepto escrito amar á su Padre que está en los cielos, al Dios mismo á quien tanto debe y de quien tanto espera; y es tal la alteza de este precepto, que constituye por su propia dignidad el número de sus deberes. Y no puede ser de otra manera, A. H. M.; porque ¿quién ha impuesto este deber?

¡Ah! lo ha impuesto Aquel «por quien vivimos, nos movemos y somos:» *ipsius enim et genus sumus*, como se dice en las Actas de los apóstoles; Aquel «que nos amó primero á nosotros antes que le hayamos amado, y nos ha amado enviándonos á su Hijo en propiciacion por nuestros pecados:» *et misit Filium suum propitiationem pro peccatis nostris*; Aquel que ha dicho: «el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me le manifestaré á mí mismo, y vendremos á él, y haremos morada en él; será el objeto y el cariño de toda la santísima Trinidad, que habitará en él de asiento, y con modo muy particular,» segun espone S. Agustín: *et mansionem apud eum faciemus*.

¿Hay pues algo mas digno que este deber por su elevado origen? Ya no puede estrañarse que S. Pablo dé la preferencia al deber de amar á Dios sobre todos los deberes, sobre todo lo que hay de grande y heróico; así es que penetrado de esta verdad sublime se espresa de este modo: «Si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena, ó como campana que retiñe, hiriendo el aire inútilmente: *factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tinniens*; y si tuviere profecía y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviere toda la fe de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy: *nihil sum*; y si distribuyese todos mis bienes en dar de comer á los pobres; y si entregase mi cuerpo para ser quemado como mártir, y no tuviese caridad, nada me aprovecha:» *nihil mihi prodest*. ¿Y cómo no ha de ser el amor de Dios el primero de todos nuestros deberes si todas las gracias, todos los bienes, todo cuanto poseemos procede de Dios, y á Dios debe referirse antes que á nada y á nadie? Nuestra existencia, nuestras cualidades, todas nuestras prerogativas nos vienen de Dios; todo cuanto hemos adquirido en probidad, en ciencias, en bienes de la tierra, lo hemos recibido de esta mano benéfica que da el

poder y la voluntad, que de todo dispone los medios, y conduce rectamente los efectos con peso, medida y sabiduría inefables. Si pues todo nos viene de Dios mediata ó inmediatamente, nuestro primer deber es amar á Dios, consagrarle todo nuestro amor con toda su estension, ardor é intensidad, como se lo consagró nuestra Madre María sin reservarse para sí nada de su corazón, dándonos un ejemplo admirable que debemos imitar: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum*.

Es tambien, H. M., el amor de Dios el primero de nuestros deberes en razon de su fin y de su admirable fecundidad. El apóstol de las gentes en las instrucciones importantes que dió á su discípulo S. Timoteo, para que las comunicara á los de Macedonia, le dice espresamente que «el fin del mandamiento es la caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida:» *finis autem præcepti est charitas*. El fin de la ley es conducir á los hombres al amor de Dios; y tanto es así que la verdadera caridad es la adoracion de corazón, inseparable de la perfecta adoracion del entendimiento. Por esta causa cuando el hombre menosprecia ó conculca ese deber sagrado, cuando deja de amar á Dios con preferencia á otra cualquiera cosa, ama á los ídolos de la tierra, ó se ama á sí mismo como á un Dios; no refiere su amor á su fin último que es el Dios que habita en los esplendores de la gloria celestial, y tiene que referirlo á las criaturas, ó á su persona. «Este es el error diré con un escritor, que perdió la primera inteligencia angélica, que dejó la verdad y se constituyó padre de la mentira, diciendo: seré semejante al Altísimo. Es el error que perdió á nuestros primeros padres seducidos por estas palabras: Sereis dioses. El error que, despues de cubrir el globo de ídolos y dioses ridiculos, no sale de los absurdos de la idolatría, sino para arrojarse á los del panteísmo y del ateísmo, y decir: Todas las religiones no son otra cosa que la obra de la necesidad huma-

na; no hay otro Dios que el mundo, ni otro mundo que el que vemos con nuestros ojos, y tocamos con nuestras manos.»

Ya veis, M. H., que aquellos que no tienen como fin de la ley, y como su primer deber el amor de Dios, que aquellos que abandonan la pureza de corazón, la rectitud de conciencia y la sinceridad de la fe que inspira ese amor santísimo, necesariamente «han de darse á discursos vanos,» como dice ese mismo apóstol, á vanas especulaciones que los llenan de soberbia y de propia estimación, hasta «querer ser doctores de la ley, sin entender lo que dicen ni lo que afirman: *conversi sunt in vaniloquium volentes esse legis doctores, non intelligentes neque quæ loquuntur, neque de quibus affirmant.* Otra cosa sería si reconocieran como su primer deber el amor á Dios; porque entonces, además de referir á este fin último todos sus actos, comprenderían que ese amor santísimo, por su estension y fecundidad, es el primer deber del hombre; porque «él es el complemento y la observancia total y perfecta de la ley:» *plenitudo legis est dilectio*; porque él es el modo con que pueden llenarse con perfección todos los demás deberes preceptuados por nuestro Dios; porque él es en fin la preciosa garantía de nuestra justificación adelantando en la senda de la virtud, pues «sabemos, decía S. Pablo, que á los que aman á Dios todas las cosas les contribuyen al bien, que según su decreto son llamados santos:» *qui secundum propositum vocati sunt sancti.* He aquí porque este apóstol del Señor, abrasado en ese divino amor escribía á los romanos: «Estoy cierto que ni el temor de la muerte, ni el amor de la vida, ni los ángeles malos, ni los príncipes de los demonios, ni los potentados del mundo, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la fuerza, ni lo más terrible y funesto que puede suceder á los hombres nos podrá apartar del amor de Dios que es Jesucristo nuestro Señor:» *á charitate Dei quæ est in Christo Jesu Domino nostro.*

Así lo practicó también la Santísima Virgen María; en

grado mucho más eminente durante su trabajada y penosísima vida tan combatida de tribulaciones, tan sembrada de espinas, tan ocasionada á persecución hasta ser «el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres.» Y sucedió de esta manera porque María estaba bien persuadida que su primer deber era el amor de Dios, y que este deber era además el más glorioso de todos sus deberes, como lo es de los nuestros, y por esto os la presento como modelo que debemos copiar en nosotros: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

II.

Al imponernos nuestro buen Dios el grandioso y fundamental deber de amarle, ha llamado para que concurren al cumplimiento de este deber todas las facultades del hombre, pues le ha dicho: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento;» según habéis oído. Interesando de este modo á todo el hombre para que le ame cual es debido no ha buscado el Señor únicamente su propia gloria; ha querido también la gloria del hombre, si llena religiosamente ese deber con todas sus facultades, pues ese amor ha de glorificarlo.

Todos sabemos que desgraciadamente, A. H. M., nuestro corazón, criado para Dios, se aleja con harta frecuencia de esta fuente purísima de todo bien, para fijarse en cenagosos charcos de las miserias humanas que nos ofrece este mundo de perversión y de maldad. Sabemos que nuestro entendimiento, irradiación de la luz eterna de Dios, se afana necesantemente por buscar la verdad; pero creyendo encontrarla en su razón limitada, y en su vana ciencia, halla solamente sombras que lo estravian, y cuando más luces tan falsas que solo sirven para deslumbrarle. Sabemos que nuestra alma, degradada por el pecado, lucha sin tregua ni des-